

HOMILÍA BÍBLICA

TEMA: “Incluso uno solo de estos pequeños”

Hermanos y hermanas:

La Iglesia ha venido celebrando anualmente la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado desde hace más de un siglo. El lema elegido por el Papa León XIV para esta 112.^a Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado (JMMR) es profundamente interpelante: “Incluso uno solo de estos pequeños”. Esta Palabra de Dios hace referencia al Evangelio de Mateo 18,5: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí”.

He aquí un desafío y un llamamiento que se nos hace en un contexto mundial convulso marcado por una inseguridad real. Experimentamos la fragilidad humana a todos los niveles. Se nos exhorta a actuar en favor de los más pequeños, pero nosotros también, a nuestra vez, somos personas vulnerables que esperamos el consuelo de Dios.

1. Jesús, este pequeño al que debemos acoger en nuestro interior a pesar de los nuevos retos que plantea el contexto migratorio

Jesús siempre ha señalado el camino que Él mismo recorrió en primer lugar. Cuando nos invita a acoger a los más pequeños, nos invita a acogerle a Él, que se hizo pequeño, migrante, refugiado, pobre y despojado, para “enriquecernos con su pobreza”. Él mismo es el niño pobre que llama a nuestra puerta para ser acogido (La huida a Egipto, Mt 2,13-15).

Sin embargo, Jesús añade esta otra palabra de suma importancia: “El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado” (Lc 9,48). Quienes acogen al Señor Jesús reciben la fuerza para acoger a quienes Él considera sus amigos predilectos: los niños, los pobres y los más vulnerables, como los migrantes y los refugiados. El camino seguro que conduce a Dios pasa por cuidar de los más pequeños. Su acogida es un camino necesario para avanzar hacia Dios, que se ha hecho uno de nosotros en Jesús. De este modo, Él nos abre el camino de la infancia vivida en la fe, alimentada por la esperanza y concretada en la cercanía a los más pequeños y a los más débiles.

2. ¿Por qué es urgente acogerlo? “Cuando uno grita, el Señor lo escucha” (Sal 34 [33])

Como nos recuerda la Sagrada Escritura: “Que no se agota la bondad del Señor, no se acaba su misericordia; se renuevan cada mañana” (Lam 3,22-23).

Dios permanece siempre fiel; no cesa jamás de amar a sus hijos. Su misericordia no se agota a pesar de nuestras debilidades, nuestros sufrimientos o nuestros errores. Cada nuevo día es una gracia que nos ofrece la posibilidad de volver a empezar con esperanza. Dios camina con nosotros, nos consuela y nos ayuda a levantarnos en medio de nuestras dificultades (Éx 3,7-8). Esta palabra nos invita también a convertirnos, siguiendo su ejemplo, en testigos de su compasión hacia nuestros hermanos y hermanas, especialmente hacia los más vulnerables.

Abramos los ojos para ver el sufrimiento de los pequeños migrantes que claman en su angustia; sobre todo, acudamos en su ayuda. Cuidemos de “todos los habitantes de las periferias existenciales, migrantes o refugiados”, pues “cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40).

3. Pero, ¿a qué retos debemos prestar atención?

La Palabra de Dios nos enseña que el mal no es un fenómeno nuevo. Desde las primeras páginas de la Escritura, la violencia se adentra en el corazón del hombre y provoca sufrimiento. “La tierra estaba corrompida ante Dios y llena de violencia” (Gén 6,11). También hoy vivimos en un mundo caracterizado por la violencia, y los niños son sus primeras víctimas. Su clamor llega hasta Dios, como el clamor del pueblo oprimido en Egipto: “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas” (Éx 3,7). Dios no permanece indiferente ante las lágrimas de los pequeños.

Vivimos también en un mundo que alardea de poder. Sin embargo, la Sagrada Escritura nos muestra que el poder, cuando no se ejerce como servicio, se transforma en opresión. El faraón oprimía a Israel (Éx 1,8-14); el rey Herodes, para conservar su trono, ordenó la matanza de los inocentes (Mt 2,16-18). Incluso el propio Jesús, cuando aún era niño, tuvo que huir a Egipto junto con María y José (Mt 2,13-15). Él compartió la condición de niño migrante y refugiado. Por lo tanto, los niños migrantes de hoy son las primeras víctimas de toda forma de poder que humilla, excluye y obliga a huir.

Su camino está plagado de riesgos físicos. Atraviesan el mar, el desierto, el frío y el hambre en busca de una vida segura. La Biblia conoce bien esta experiencia. Israel caminó por el desierto entre pruebas, hambre y sed (Éx 16,2-3; Dt 8,2-4), y el Señor se hizo compañero de su pueblo. También el salmista proclama: “En mi aflicción llamé al Señor, y él me respondió” (Sal 120,1). ¡Cuántos niños recorren hoy caminos de sufrimiento, esperando que alguien escuche su clamor!

La sed de riqueza y de poder sigue generando guerras y divisiones. El apóstol Santiago pregunta: “¿De dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros? ¿No es precisamente de esos deseos de placer que pugnan dentro de vosotros?” (Sant 4,1). Los profetas denuncian con firmeza a quienes oprimen a los débiles: “¡Ay de los que establecen decretos inicuos (...) para oprimir a los pobres en el juicio!” (Is 10,1-2); “por haber vendido al inocente por dinero y al necesitado por un par de sandalias” (Am 2,6). En este contexto, muchos niños caen en manos de los traficantes, son víctimas de la trata, de la violencia y de graves formas de explotación, porque su fragilidad se convierte en una oportunidad de lucro. Pero Dios escucha su clamor y pedirá cuentas por cada injusticia (Sab 6,1-8; Prov 31,8-9).

Debido a la falta de una patria estable, muchos niños vagan en busca de su supervivencia. Su historia evoca la de Abraham, llamado a abandonar su tierra (Gén 12,1), la del pueblo de Israel peregrino en el desierto (Dt 26,5-9) y la de la Sagrada Familia, obligada al exilio (Mt 2,13-15). Llevan en el corazón heridas invisibles: el trauma de la separación, la pérdida de sus puntos de referencia, la nostalgia de sus orígenes y la carencia de lo mínimo necesario. Sin embargo, el Señor permanece fiel: “El Señor guarda a los peregrinos, sustenta al huérfano y a la viuda” (Sal 146,9).

Ante esta realidad, la Sagrada Escritura no nos permite ser meros espectadores. El Señor ordena a su pueblo: “Amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto” (Dt 10,19); “No maltratarás ni oprimirás al emigrante, pues emigrantes fuisteis vosotros en la tierra de Egipto” (Éx 22,20); “El emigrante que reside entre vosotros será para vosotros como el indígena: lo amarás como a ti mismo” (Lev 19,34). Devolver a estos niños su humanidad significa reconocer la dignidad que Dios ha impreso en cada uno de ellos desde la creación (Gén 1,26-27), sin excluir a nadie. Por eso Jesús se identifica con los más pequeños: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí” (Mt 18,5); “fui forastero y me hospedasteis” (Mt 25,35). Acoger a un niño migrante no es solo un gesto de solidaridad: es un encuentro con Cristo mismo, presente en el rostro del pequeño, del pobre y del extranjero.

4. Respuestas urgentes y eficaces ante el fenómeno migratorio, que constituye una grave amenaza para los derechos y la dignidad de los niños y de los más pequeños

La parábola del Buen Samaritano nos enseña que el prójimo es cualquiera que necesite nuestra ayuda, sin distinción de nacionalidad, religión, procedencia o grupo al que pertenezca. Al igual que el Samaritano se detiene, cuida del hombre herido y le ofrece una ayuda concreta, también hoy estamos llamados a cuidar de los migrantes, sobre todo de los niños y de las personas más vulnerables. Con frecuencia, huyen de las guerras, la pobreza y las persecuciones, y corren el riesgo de que se vulneren sus derechos y su dignidad. Jesús nos invita a no “pasar de largo”, como hicieron el sacerdote y el levita, sino a responder con compasión, solidaridad y acciones eficaces que garanticen la acogida, la protección y el respeto a la persona. El mandato final de Jesús, “Anda y haz tú lo mismo”, nos recuerda que el amor al prójimo se demuestra con gestos concretos hacia quienes se hallan en necesidad (cf. Lc 10,29-37).

No podemos permanecer insensibles, con el corazón anestesiado, ante la miseria de tantos inocentes. No podemos dejar de llorar. No podemos dejar de reaccionar. Pidamos al Señor la gracia de llorar, de derramar lágrimas que conviertan nuestros corazones.

5. La solicitud de la Iglesia hacia los menores migrantes nos recuerda el deber de la acogida, tal y como enseña el Evangelio

La solicitud de la Iglesia hacia los menores migrantes no nace únicamente de una preocupación humanitaria, sino que hunde sus raíces en el misterio de la Encarnación. En Jesucristo, Dios ha querido hacerse cercano a cada ser humano, sobre todo a los más pequeños y a los más vulnerables. Por eso, el Señor afirma: “El que acoge a un niño como este en mi nombre me acoge a mí” (Mt 18,5). El niño migrante no es solo destinatario de nuestra solidaridad, sino que es el propio rostro de Cristo que pide ser acogido.

A la luz del Evangelio, acoger a un menor migrante significa reconocer su dignidad de hijo de Dios, creado a su imagen (Gén 1,27).

Les invito a mirar a cada niño con la mirada de Dios, que “mira el corazón” (1 Sam 16,7), y a no permitir que nadie quede excluido del amor de la Iglesia. Les pido que defiendan a los más pequeños de la violencia, de la trata y de toda forma de explotación, recordando la exhortación de la Escritura: “Sé voz de quien no tiene voz” (Prov 31).

Les exhorto a acompañarlos con la compasión del Buen Samaritano (Lc 10,33-35), ofreciéndoles cercanía, consuelo y esperanza (2 Cor 1,3-4). Además, les animo a construir comunidades en las que cada niño pueda sentirse acogido como hijo de Dios y hermano de todos (Gál 3,26-28), y a transformar cada gesto de caridad en una semilla del Reino, destinada a dar fruto (Mc 4,30-32).

Confío esta misión a toda la Iglesia: cuidar de los niños migrantes significa hacer visible el amor de Cristo y dar testimonio del Evangelio con la vida.

6. Conclusión

No olvidemos que somos “huéspedes y peregrinos en la tierra” (Heb 11,13), porque “somos ciudadanos del cielo” (Flp 3,20). Esta verdad nos hace más humildes y fraternos con quienes buscan un hogar, la paz y la esperanza. Al acoger a los niños migrantes y refugiados, nos convertimos en testigos del amor de Dios y contribuimos a edificar una Iglesia cada vez más fraterna, en la que nadie sea considerado un extranjero, pues “ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef 2,19).

Pidamos al Señor que nos conceda un corazón nuevo (Ez 36,26): un corazón que vea con misericordia, escuche con atención, acoja con alegría, proteja con amor y sirva con humildad. De esta manera, seremos reconocidos como auténticos discípulos de Cristo, pues “en esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros” (Jn 13,35).

Por último, encomendemos a todos los migrantes, a los refugiados y a sus familias a la intercesión de la Santísima Virgen María, quien, junto con San José, custodió con amor al Niño Jesús y vivió las pruebas de la vida con fe y esperanza. Que Ella acompañe el camino de quienes viven lejos de su tierra y nos ayude a ser quienes “trabajan por la paz” (Mt 5,9), para que la Iglesia sea siempre signo de la presencia de Cristo y reflejo de su amor misericordioso en el mundo. Amén.